

---

LOS SERES HUMANOS COMO AGENTES  
SELECTORES DE SU PROPIO NICHOS  
CULTURAL, O DE CÓMO  
COMPLEMENTAR LA IMPRONTA  
CULTURAL CON SU  
TRASFONDO BIOLÓGICO

NATALIA ZAVADIVKER

Todas las líneas de investigación en las que incursioné durante los últimos años (comenzando por el comportamiento moral, siguiendo por los mecanismos psicológicos y correlatos neuronales ligados a la cognición social y moral, tales como evaluaciones, razonamientos, toma de decisiones, sesgos intervinientes, etc.) parten del supuesto de que nuestra arquitectura cerebral (al igual que nuestra configuración anatómica, morfológica, fisiológica, etc.) está configurada como resultado de la necesidad de responder eficazmente a múltiples desafíos adaptativos que surgieron durante el proceso de hominización, y continuaron a lo largo de la historia cultural de la humanidad. En realidad, la noción de adaptación no debe remitirse necesariamente a la sujeción biológica de nuestros comportamientos, ni ser identificada exclusivamente con patrones genéticos fijos que condicionarían nuestro desempeño más o menos rígidamente. El cerebro humano —al igual que el de cualquier otra especie, pero en mucha mayor medida— posee la suficiente plasticidad y flexibilidad como para adaptarse a diversos nichos —y el entorno social es nuestro nicho por excelencia— y, por ende, también a las modificaciones de los mismos que a su vez son inducidas por nuestra propia intervención en ellos. De allí que los cambios ambientales a los que estamos sometidos sean cada vez más veloces y drásticos, al responder a una dinámica de retroalimentación permanente entre las condiciones externas a las que debemos adaptarnos y las que nosotros mismos generamos como producto de nuestra actuación (la cual, a su vez, introduce modificaciones cada vez más drásticas y en escalas temporales cada vez más breves).

---

Instituto de Biotecnología, Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia, Universidad Nacional de Tucumán, Argentina. / zavadvker@yahoo.com.mx

Esto explicaría en parte nuestra marcada “bipolaridad”, expresada en la pugna entre diversas predisposiciones contradictorias como resultado de la necesidad de responder a múltiples desafíos adaptativos de distinto orden, que fueron variando a lo largo de la historia de nuestra propia evolución como especie en la medida en que nosotros mismos hemos ido generando nuevas condiciones ambientales. Dichas condiciones resultarían, por un lado, de las innovaciones tecnológicas que nos permitieron controlar y adaptar progresivamente los ambientes colonizados a nuestras propias necesidades y deseos, transformándonos así en agentes selectores capaces de modificar drásticamente los nichos ecológicos preexistentes y someter a otras especies a nuestro propio control selectivo —por ejemplo, mediante la actividad agrícola-ganadera. También serían resultado de todas nuestras creaciones culturales, incluyendo las normas de comportamiento desarrolladas progresivamente —en respuesta quizás a problemas de convivencia emergentes— para regular nuestras interacciones y dirimir conflictos de intereses entre individuos egoístas pero cuya supervivencia depende crucialmente de la capacidad de interactuar y coordinar acciones colectivas mediante sistemas de cooperación a gran escala tendentes al logro de metas adaptativas que ningún ser humano podría alcanzar por sí mismo. Esto habría promovido tanto del desarrollo de códigos morales, como la aparición y fijación en el pool génico de la especie (quizás por efecto de procesos de selección social) de ciertas predisposiciones psicológicas y conductuales necesarias para viabilizar y sostener dichos sistemas en el tiempo.

Estas asunciones teóricas presuponen que nuestra mayor eficacia biológica no consiste en la capacidad de adaptar pasivamente nuestros organismos a los estímulos ambientales que nos rodean (capacidad que, por el contrario, estaría más desarrollada en especies más primitivas, como virus y bacterias, que pueden mutar muy rápidamente modificando su fisiología y actividad metabólica bajo presiones ambientales precisas, como cambios de temperatura y PH, disponibilidad de nutrientes, si bien estas adaptaciones a su vez también interfieren afectando los ecosistemas circundantes). Por el contrario, nuestro mayor potencial consistiría en la capacidad de modificar las condiciones del entorno preexistente como resultado de un desempeño activo mediante el cual no generamos cambios internos (nuevas variantes genéticas, aunque el proceso mediante el cual dichos cambios se van incorporando de algún modo en la información genética requiere un tratamiento especial que excede los límites de este trabajo) sino respuestas exógenas (creación de artefactos, cursos de acción, producciones culturales, normas de comportamiento, discursos sociales, etc.) que nos permiten adaptar dicho ambiente a nuevas necesidades.

Ahora bien, una vez generadas esas condiciones externas —fundamentalmente las creaciones y transformaciones culturales— las mismas

se vuelven sobre nosotros mismos, impactando en el propio desarrollo de nuestros cerebros, los cuales estarían altamente condicionados para adaptarse a los requerimientos y demandas del ambiente social, incorporando e internalizando información cultural por distintas vías, vale decir, captando señales sociales (mediante sistemas de símbolos lingüísticos y no lingüísticos) y adaptando el comportamiento para que “encaje”, al menos en la medida de lo posible, con las expectativas sociales del grupo o comunidad de pertenencia, ya que nuestra propia supervivencia depende en gran medida de nuestra inserción en el seno de grupos sociales. De allí que quizás lo más relevante de nuestra constitución biológica consista, precisamente, en haber desarrollado la capacidad de sustituir una actuación más o menos mecánica basada en la mera activación de patrones genéticos frente a los estímulos relevantes, por una actuación lo suficientemente flexible como para ser dueños de elegir libremente entre cursos de acción alternativos, pero bajo ciertos condicionamientos impuestos más por el medio cultural que por el medio natural. El ambiente social no sólo impone cierta regulación a nuestra conducta; además condiciona y limita el contenido del que puede nutrirse nuestro psiquismo, ya que su desarrollo depende de la internalización de un conjunto predeterminado de representaciones viables por el lenguaje que habilita y a la vez constriñe el espectro de lo que puede ser pensado.

Esta condición, casi constitutivamente cultural del sujeto humano, ha llevado a la mayoría de los lineamientos teóricos provenientes de las ciencias humanas y sociales —especialmente en sus versiones posmodernas— a postular el mismo supuesto de la mente como una *tabula rasa* que, paradójicamente, se sostuvo desde corrientes como el empirismo inglés o el conductismo de Watson. Para estas posiciones sociologistas, todo el contenido del psiquismo humano dependería de la internalización de discursos y representaciones provenientes del medio sociocultural, de los que se nutriría exclusivamente. Dichas representaciones e interpretaciones socialmente circulantes (dominio intersubjetivo) serían incorporadas durante el proceso de socialización (dominio intrasubjetivo), condicionando las creencias y expectativas sociales de las personas y promoviendo comportamientos más o menos estereotipados que dependerían de los estereotipos sociales vigentes. A su vez, dicha sujeción del comportamiento a ciertas representaciones sociales histórica y culturalmente determinadas sería promovida por el *statu quo*, vale decir, por grupos dominantes o hegemónicos, cuyo objetivo es precisamente generar la ilusión de “naturalización” de esa sobrenaturalidad cultural que terminaría incorporándose en el psiquismo como si fuera parte esencial de nuestra naturaleza. Estas asunciones impactan a su vez en las estrategias metodológicas empleadas por tales corrientes (semiótica, hermenéutica), que apuntan a detectar en qué medida las personas de un grupo determinado poseen ciertas repre-

sentaciones e incorporaron ciertos estereotipos sociales de conducta sobre diversos tópicos.

De este modo, para estas posiciones sociologistas cualquier aporte proveniente de las ciencias de la vida que apunte a señalar la incidencia de factores biológicos o genéticos en la explicación de nuestra constitución como seres humanos suele ser interpretado como un intento de naturalización y, por ende, de legitimación moral de inclinaciones y pautas de comportamiento que nuestra razón crítica rechazaría por oponerse a los principios racionales de igualdad, justicia, imparcialidad, etc. Por otra parte, al asumir que cualquier discurso humano es una construcción cultural, también lo serían todas las teorías científicas que pretenden explicar y comprender la esencia del ser humano desde un enfoque naturalizado, ya que la propia percepción que podemos tener sobre nuestra naturaleza, vale decir, de lo que somos con independencia de todo patrón o condicionamiento cultural, estaría a su vez condicionada por discursos culturales aprendidos. En otras palabras, si la constitución de nuestro psiquismo es producto exclusivo de la internalización de información cultural, las propias herramientas cognitivas y creencias metafísicas que utilizamos para procurar comprendernos a nosotros mismos también estarían culturalmente mediadas, de lo que se desprende además un escepticismo y relativismo epistémicos en la medida en que cualquier mirada teórica sería culturalmente dependiente (estaría condicionada por el influjo de discursos culturales que necesariamente adosarían a su objeto de estudio interpretaciones, calificaciones y valoraciones subsidiarias de tales discursos). Desde luego que en el límite esta posición se autoinvalida, ya que al ser una teoría sobre el carácter socialmente condicionado de cualquier teoría, también le cabe a sí misma dicha relativización y dependencia cultural.

Aun así, podría concederse a las ciencias sociales cierta ventaja con relación a la accesibilidad de su objeto de estudio (las producciones culturales) en comparación con las ciencias biológicas, ya que dichas producciones son de algún modo constatables mediante diversas fuentes en las que se plasman los discursos, creencias y comportamientos vigentes en determinadas culturas y momentos históricos, pues son, paradójicamente, más susceptibles de contrastación empírica (y por ende, de adquirir el estatus de “evidencias”) que los presuntos datos que darían cuenta de la fijación en un pasado remoto de predisposiciones biológicas condicionantes de comportamientos, cogniciones, creencias, razonamientos, valoraciones, etc. En otras palabras, los “hechos culturales” como tales (más allá de que su interpretación sea inevitablemente subjetiva) poseen cierta existencia constatable. Podemos, por ejemplo, observar el comportamiento de las mujeres musulmanas y probar que éste obedece a los mandatos de un discurso machista y patriarcal (ya que el propio discurso, plasmado en muchas fuentes, por ejemplo, el Corán, también puede ser objeto de cierta

constatación empírica). En cambio, aunque parezca irónico (debido a que en principio son las ciencias experimentales las que se jactan de formular hipótesis susceptibles de confirmación empírica), no podemos probar apelando a fuentes o evidencias directas si ciertos comportamientos femeninos —como la especialización en el del cuidado de la prole— pueden ser explicados también como posibles respuestas adaptativa a ciertos desafíos existentes en algún ambiente ancestral, ya que no es posible regresar a un estado de naturaleza inicial hipotético en el cual nuestro objeto de estudio (el ser humano) pueda ser abordado con total independencia de cualquier influjo sociocultural (Dicho sea de paso, la evolución es también un proceso histórico en el que los individuos y las especies van experimentando cambios graduales, sólo que a escalas temporales mucho mayores, de modo que la propia dicotomía entre naturaleza —entendida como patrones fijos e inmutables— y cultura —entendida en su dimensión histórica— es en sí misma discutible.) Sólo podemos formular explicaciones retrodictivas plausibles —subsidiarias a su vez de cierta perspectiva teórica— sobre las presuntas condiciones ambientales o desafíos adaptativos que en nuestro pasado evolutivo pudieron haber forzado la selección de ciertos rasgos de comportamiento en mujeres y hombres. Aun así, aunque pudiéramos constatar mediante pruebas empíricas (por ejemplo, registrando cambios anatómicos y funcionales en los cerebros de ambos sexos mediante técnicas de neuroimagen, o la presencia de habilidades y de estrategias cognitivas diferentes mediante experimentos conductuales), todavía no podemos dar cuenta de las razones de tales diferencias —las *causas remotas*, en términos de Ernst Mayr— ya que no tenemos acceso a las presuntas condiciones ambientales preexistentes que habrían favorecido dichos comportamientos, y por ende la propia reconstrucción del posible ambiente ancestral sería hipotética e indemostrable.

¿Entonces por qué considero que resultan relevantes los intentos de estudiar al ser humano desde una perspectiva naturalizada, aun cuando yo misma descrea del prejuicio científicista, según el cual las ciencias experimentales se basan en verdadera evidencia científica, mientras las ciencias humanas son puramente especulativas y carecen de todo fundamento científico? Por una razón muy elemental. Las propias construcciones culturales, aun cuando ejerzan un influjo crucial sobre el psiquismo de los seres humanos, no pueden haber emergido de la nada. Por el contrario, sólo pueden ser el resultado de la enorme complejidad y altísimo grado de desarrollo de un aparato cognitivo preexistente (nuestros cerebros), dependiente de ciertas instrucciones genéticas, cuyo sustrato físico sí sería en principio, aun con todas sus limitaciones, abordable mediante herramientas empíricas como cualquier otro fenómeno de la naturaleza. Sería bastante absurdo no suponer que el abrumador desarrollo de nuestra sobrenaturaleza cultural no requiera como condición necesaria la existencia de

un aparato cognitivo altamente desarrollado, y la hipótesis evolucionista, según la cual dicho aparato estaría en última instancia al servicio de metas adaptativas ligadas a nuestra supervivencia y bienestar es al menos lo suficientemente plausible como para operar como la guía heurística más convincente para iluminar la comprensión de muchas tendencias (predisposiciones psicológicas, cognitivas y conductuales de nuestra especie), cuya universalidad y persistencia a lo largo del tiempo y con independencia de patrones culturales es en principio empíricamente constatable.